

la noche toda vida así en los hombres como en los animales y cómo al despuntar el día todo despierta á nueva actividad y «todo el mundo se pone á trabajar. Los animales corren, los pájaros vuelan abandonando sus nidos y adorando tu espíritu, los buques suben y bajan por el Nilo; tu luz cautiva á los peces, que salen del río para contemplarte; tus rayos penetran en el Océano, fecundizan á las mujeres y dan vida al feto en el seno materno.» El dios del sol desarrolla á los niños, les da vida y movimiento y los hace grandes. «Tú has creado la tierra, según tu corazón; tú eres el único sobre los hombres, sobre las reses y todos los animales que vagan por la tierra ó cruzan por los aires, sobre los países de Siria (Charu), Etiopía (Kusch) y Egipto (Qemt). Tú pones á cada uno en su lugar y das á cada cual lo que necesita. Tú creas el Nilo en el mundo subterráneo y lo conduces según tu voluntad para dar vida á los hombres.» «Tú eres el uno que sale en forma de sol viviente, el que brilla y esparces rayos, el que va de un lado á otro (en el cielo).» El himno termina con una glorificación del fundador de las verdaderas doctrinas, del «hijo que ha salido de su cuerpo,» del rey «que vive del derecho (ó de la verdad).» «Tú estás en mi corazón. Nadie te ha conocido fuera de tu hijo Chuenaten. Tú le concedes tu poder, tu espanto. La tierra está en tu mano, tú la has creado.»

En este himno están claramente expresados los pensamientos fundamentales del servicio del sol: por él vemos también que éste procede directamente de las antiguas ideas y en él encontramos empleadas expresiones que hacia mucho tiempo eran de uso corriente en la literatura religiosa de Egipto. No podía exigirse de los egipcios que renegaran de su manera de pensar y de considerar la vida; por esto se nos presentan, aun en la religión purificada, las ideas heredadas de la antigüedad respecto de la monarquía, de la posición del soberano como dios, de la misma manera que siguen imperando las antiguas formas y símbolos del culto. Sin embargo, en todas ellas desaparece enteramente el carácter politeísta. Lo propio podemos decir de las ideas acerca de la vida futura. Se construyen los sepulcros para perpetuar eternamente los objetos de la vida terrena y todavía encontramos la primitiva fórmula de oración «para una ofrenda propiciatoria real por el espíritu del santo N. N.» Pero en cambio no hay una sola sílaba que haga alusión á Osiris ó á los textos del Libro de los Muertos: la plegaria se dirige á Ra Harmachis, el dios amado y digno de honor que vive cada día del derecho (de la verdad).»

El rey ha mandado construir en Heliópolis y en Menfis, como en Chutaten y en Tebas, templos que quizás son continuación de antiguos lugares de culto. El nombre de Aten no se encuentra en ningún otro lugar, no existiendo indicio alguno por donde pueda deducirse que á este dios fueron consagrados los templos arrebatados á otras divinidades (1). Pero tampoco se encuentran huellas que indiquen que, en vida de Chuenaten, se organizara y sostuviera aquí alguna resistencia. Diez años después de iniciada, la reforma se había extendido al parecer por todo el país é imperaba sólidamente en él.

CAPITULO V

TRIUNFO DE LA ORTODOXIA

La última fecha que del reinado de Chuenaten poseemos alcanza á su duodécimo año, siendo muy difícil que después de éste ocupara todavía el trono. No sabemos si murió de

(1) Es un enigma averiguar cómo se explica que en el pylon del templo de Soleb, en Nubia, aparezca un dibujo en el cual Chuenaten (con este nombre y no con el de Amenhotep) no solo adora al divinizado rey

muerte natural ó pereció á consecuencia de una revolución ó á manos de un asesino. Pero con su muerte se vino abajo toda su obra con la misma rapidez con que se había levantado. El rey dejó siete hijas jóvenes pero ningún varón, por cuya razón le sucedió Sakare Netchepuru, esposo de su hija mayor Meritaten (2), á quien solo vemos mencionado en un sepulcro de Tell el-Amarna comenzado ya en tiempo de Chuenaten, lo cual demuestra evidentemente que su reinado fué de corta duración. Este monarca fué todavía adorador de Aten, pero á su muerte la reacción se sobrepuso á la reforma, sin que los monumentos digan de quién partió, ni el curso que siguió. En este período es imposible seguir con seguridad la sucesión de los reyes, y únicamente se sabe con certeza que los primeros años fueron testigos de sangrientas luchas y de continuos cambios de trono. La nueva ciudad del sol fué abandonada, pues á la muerte de Sakare los reyes fijaron nuevamente su residencia en Tebas, lo cual significaba volver á la antigua religión y especialmente al culto de Amon. A pesar de esto, la herejía no pudo ser extirpada de pronto, pues que los mismos reyes que vinieron después, aunque rindiendo culto á Amon, continuaron, al parecer, edificando en el templo de Aten de Karnak (3), intentando de esta suerte complacer á las dos tendencias. Pero el agua y el fuego no podían volver á unirse; así es que el movimiento fué arrastrando á un soberano tras otro hasta que en definitiva la ortodoxia obtuvo un triunfo completo.

El primero de estos reyes parece haber sido el «divino padre» Ai, procedente de la clase sacerdotal, hombre que desde un principio se había adherido á la reforma y que á la sazón, no sabemos por qué motivo, conservó durante toda su vida el título de su cargo eclesiástico, que por cierto no era de los más elevados de la jerarquía (4), título que aun siendo rey consiguó en el escudo de su nombre. Como celoso partidario de las nuevas doctrinas había medrado rápidamente en la corte de Chuenaten, habiendo sido nombrado secretario efectivo del rey con la categoría de porta-abanico y de amigo, «confidente del rey para todo el país» y además escudero real. Habíase casado con una dama de la corte muy influyente, la nodriza del rey (5), llamada Ti, y se vió colmado de gracias por Chuenaten (véase el grabado). Mandóse construir dos sepulcros en Amarna, uno antes de casarse y otro magnífico después (6). En medio de los desórdenes que llevó consigo la muerte de su protector, consiguió, no sabemos por qué medios, ser elevado al trono. En su anillo de coronación se llama «el soberano divino de Tebas,» en cuya ciudad residió durante muchos años (7). Procuró hacer la paz con la

Amenhotep III sino también á Amon-Ra, y en el cual sobre el rey vuela la diosa Uazit en forma de gavián. Precisamente en Soleb aparece borrado en todos los demás puntos el nombre de Amon. Que Chuenaten aun después de su cambio de nombre siguiera por algún tiempo adorando oficialmente á Amon, es cosa poco verosímil, ya por el hecho en sí, ya por los testimonios anteriormente expuestos.

(2) En mi *Historia de la Antigüedad* le he llamado equivocadamente S'anecht, tomando el nombre de Brugsch.

(3) Bouriant en *Recueil de travaux*, tomo VI, pág. 54.

(4) Según la inscripción de Bokenchunu, en Munich, al frente de los sacerdotes de Amon de Tebas había «tres servidores de dios» que los griegos designaban como profetas y de los cuales el primero era el sumo sacerdote. Formaban la segunda categoría del sacerdocio los «padres divinos» y la tercera «los puros,» que eran los sacerdotes comunes.

(5) ¿O quizás de uno de los hijos del rey?

(6) Números 3 y 1 del grupo de sepulcros meridional. En general véase á Erman: *Egipto*, tomo I, pág. 174. Sin fundamento alguno ha querido Wiedemann (*Historia egipcia*, pág. 405) poner en duda la identidad del funcionario de Amarna con el que después fué rey. Ya se comprenderá que como rey no podía contentarse con el sepulcro de un particular.

(7) Una inscripción aparece fechada en su cuarto año. Lepsius: *Monumentos*, tomo III, 114 i.

antigua religión, así es que aun cuando siguió construyendo en el templo de Karnak, en sus monumentos se nos presenta como celoso adorador de Amon y de todos los dioses del Sur y del Norte, en honor de los cuales construyó grutas de roca en Panópolis y en Schataui, en Nubia. En el valle de las tumbas reales de Tebas mandó construir en las peñas un sepulcro en el cual no encontramos huella alguna de las doctrinas heréticas: y sin embargo no logró que en él descansara su cadáver.

Análoga actitud adoptó el rey Tut'anchamon, que ocupó el trono después, y aun quizás antes, que Ai y que estaba casado con la tercera hija de Chuenaten, llamada Anchesenpaaten, «la que vive del sol.» Como lo indica el mismo nombre de Tut'anchamon («la imagen viviente de Amon»), volvió este monarca á la antigua religión, debiendo su esposa trocar su nombre por el de Anchesenamón, «la que vive de Amon.» No sabemos cuánto tiempo logró conservar su situación, pero después de su muerte fué su nombre perseguido, aunque no tan enérgicamente como el de Ai.

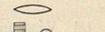
Algunos otros reinados efímeros corresponden también, al parecer, á este período, entre ellos el de un «hijo del Ra,» Teti, durante el cual se enterró, como durante el de Tut'anchamon, un Apis en las tumbas de Sakkarah (1). El imperio no consiguió una tranquilidad completa hasta que ocupó el trono Haremhebi (en Manethon, Harmais) (2).

De la existencia de este soberano tenemos algunos datos (3): es posible que estuviese emparentado con la familia real, por más que no esté demostrado que se llame á sí mismo, en una inscripción de Tutmosis III, «el padre de sus padres» (4). Sin embargo, en su juventud nadie pudo suponer que llegara á ser rey, y él mismo consideraba su afortunada carrera como obra de su dios tutelar, Horo de Hatsuten (5), en el Egipto central, siendo probable que su familia residiera en esta ciudad, que era la Alabastrópolis de los griegos. Ignoramos si estuvo revestido de algunos otros cargos de más baja categoría, pero favorecido por su dios, captóse el favor del monarca, el cual «le puso al frente del gobierno para asegurar las leyes de ambos países, como príncipe sobre todo el país sin tener otro igual.» Entonces dirigió el Egipto y cuidó de su bienestar. «Los egipcios se inclinaron ante él; los príncipes de los pueblos extranjeros acudieron á él y le tributaron veneración» (véase más adelante). «Y cuando fué llamado á palacio como soberano.... y se abrió su boca y contestóle,

(1) Es poco probable que un soberano de nombre no conocido fijamente (Wiedemann lee Raentui), á quien Rameses II en Abydos (Marréte, tomo II, 17) venera entre Rameses I y Seti I, fuese uno de los soberanos ilegítimos de esta época, como cree Wiedemann: *Historia Egipcia*, pág. 407.

(2) Dumichen, tomándolo de Lepsius y de otros, le llama equivocadamente Horo.

(3) La fuente principal de ellos es la inscripción de su estatua en Turín (*Transact. Soc. Bibl. Arch.*, III, 486). Lo que en ella se dice acerca de la posición que ocupaba antes de subir al trono, concuerda perfectamente con los títulos y demás datos que constan en la tumba del príncipe Haremhebi, en Sakkarah, de suerte que no puede haber duda alguna acerca de la identidad de ambas personas. Las estatuas y la



tumba concuerdan también en la extraña ortografía *ꜥꜣꜣꜣ*. Haremhebi se mandó construir la tumba antes de ser rey. De este sepulcro hay una parte en Londres (*Revista Egipcia*, 1877, pág. 148) y otra en Leiden (*Monumentos Egipcios*, tomo I, págs. 31-34); el resto puede verse en Mariette: *Mon. div.*, 74-75. Que ambas personas eran idénticas sospechaba ya Birsch, pero creía que Haremhebi había sido destituido, habiendo conservado después un título de elevado funcionario. En realidad, sucedió precisamente todo lo contrario.

(4) Lepsius: *Monumentos*, tomo III, 119 c.

(5) Por esto es en Mariette (*Mon. div.*, 74 a) sumo sacerdote del Horo de Sebi (?).

alegrándole con el discurso de su boca.» «Lo que él ordenó sucedió, su consideración entre las gentes era grande, y se le deseaba felicidad y salud.» esta salutación se repetía regularmente después del nombre del rey (6). «Así administró los dos países por espacio de muchos años.»

En aquel tiempo, Haremhebi se mandó construir un sepulcro en Sakkarah, en cuyas inscripciones se mencionan detalladamente sus dignidades. Es príncipe (7) y amigo íntimo, porta-abanico á la derecha del rey, el grande entre los grandes, el príncipe de los príncipes, el supremo sobre todo lo que existe, embajador real al frente de las tropas para todos los países, el que alegra á todo el país de Egipto, director de la gran casa, secretario efectivo del rey y sobre todo general ó «jefe de los jefes del ejército de Su Majestad.» Su situación poderosa se deduce aun más claramente del hecho de llevar en la frente la serpiente de Ureo, distintivo régio que en toda la historia de Egipto no se atrevió á usurpar ningún funcionario. El rey era impotente—¿padecía quizás de alguna enfermedad mental?—y todo el poder estaba en manos de sus confidentes.

A pesar de todo, carecemos en este punto, como en tantos otros, precisamente de aquellos datos que más nos interesan. Haremhebi no menciona el nombre con que gobernó como rey (8), hecho que no por ser natural deja de ser sensible, pues no sabemos si lo hemos de buscar en Ai, ó en Tut'anchamon ó en cualquier otro soberano. En cuanto al estado de las cosas en el interior, á las circunstancias á las cuales debió Haremhebi su ascensión al trono y á los años de duración de su reinado, la inscripción con sus frases difusas más bien las calla hábilmente que las explica. Lo que él fué, lo debió al dios protector, á su padre, que lo destinó á grandes cosas. Las luchas y los antagonismos dentro de los cuales logró crearse una situación sólida, no los vemos mencionados, por más que sea seguro que unas y otros existieron.

Llegó por fin el día en que Haremhebi pudo unir á la posesión real del poder la posesión nominal. Ignórase si su antecesor falleció ó si fué destronado, pues la inscripción oficial solo dice que «el venerable dios Horo de Alabastrópolis quiso sentar á su hijo en su trono eterno: entonces Horo marchó lleno de júbilo á Tebas, al templo de Karnak, llevando en brazos á su hijo (Haremhebi), para presentarle á Amon, para conferirle la dignidad real y para fijar el período de su gobierno.» Amon y todos los dioses saludaron gozosos al nuevo rey. El dios le presentó á su «respetable hija mayor,» con la que se casó Haremhebi: era esta la princesa Mutnezemt, hermana quizás de la esposa de Chuenaten. Este matrimonio debía legitimar indudablemente la entronización del nuevo soberano.

Haremhebi se mostró, menos por convicción que por motivos políticos, celoso partidario de la antigua religión, y en su tiempo recobró la ortodoxia su antigua preeminencia. El templo de Aten de Karnak fué derribado y en su lugar, y en parte también con algunos de sus bloques de piedra, se construyeron dos grandes pylones consagrados á Amon. No fué mas afortunado el templo de Menfis. El culto de Aten fué extirpado en todo el país y el nombre y la imagen de Chuenaten y de sus sucesores inmediatos fueron en todas partes destruidos y derribada por completo la nueva ciudad del sol, que estaba á medio concluir y cuyas ruinas han permanecido inhabitadas hasta nuestros días. Como se comprenderá, el exterminio de la herejía no pudo consumarse sin gran derramamiento de sangre.

(6) Lo cual venía á significar: «su nombre es admitido en las plegarias de la Iglesia.»

(7) También se consigna el título algo anticuado de tesoro mayor.

(8) En las explicaciones que contiene la parte de su sepulcro existente en Leiden, este nombre está destruido.

mamiento de sangre, pues es indudable que trajo como consecuencia una guerra civil entre los diversos pretendientes al trono, de algunos de los cuales llevamos hecha mención.

Esta destrucción de «la mentira» no se consideró, sin embargo, suficiente: la confiscación de bienes eclesiásticos que los herejes habían llevado a cabo, fué anulada; los templos fueron reconstruidos y el sacerdocio volvió a ocupar su antiguo lugar. Solo con ricos presentes podía atraerse de nuevo sobre el país el favor de los antiguos dioses; así cuando Haremhebi se hizo cargo del gobierno y «salió de Tebas, descendiendo por el río como imagen de Ra Harmachis,» fué su primer cuidado «restablecer las viviendas de los dioses desde el delta hasta Nubia;» y como las antiguas estatuas habían sido destruidas, mandó construir otras nuevas, colmó a los templos de ofrendas propiciatorias, de enseres de oro y plata, les dotó de sacerdotes y de cherhebs, puso en ellos una guardia de hombres escogidos y les cedió campos y ganados. Y lo hizo así, porque era el rey escogido por los dioses dirigidos por Amon «para hacer lo que alegraba el corazón de los dioses en Tebas, Heliópolis y Menfis.»

La actividad del monarca no se consagró exclusivamente a los dioses; era además preciso restablecer una organización vigorosa en todos los ramos de la administración. En una gran inscripción (1), por desgracia muy mutilada, alábase el rey de su propósito de hacer que la justicia imperase en Egipto y en acabar con el crimen y con la injusticia, y enumerar algunas medidas aisladas que adoptó y llevó a cabo y que, por lo que sabemos, iban especialmente dirigidas contra la rapacidad de los altos funcionarios y contra los actos de tiranía que se cometían con motivo de la percepción de contribuciones, amenazando a los que unas y otros cometieren con grandes penas.

La posteridad tuvo en gran honor a Haremhebi por haber sido el restaurador del imperio de la ley y haber dado a los dioses y a los hombres lo que les correspondía. La dinastía que fundó fué de larga duración. Su sucesor Rameses I (en egipcio Ra'msesu), con el cual solemos comenzar la dinastía décimanovena (2), no fué hijo suyo, pero sí su próximo pariente, quizás su hermano. Por esto en todos los monumentos de posteriores tiempos vemos incluido a Haremhebi en la nueva dinastía.

La generación (3) que medió entre la muerte de Amenhotep III y la entronización de Haremhebi fué de capital importancia para la historia egipcia, pues marca el punto de retroceso de su desenvolvimiento espiritual. Así como hasta entonces se presenta un innegable progreso en punto a ideas religiosas, progreso que se realizaba lentamente y con algunas raras interrupciones y variaciones, entonces hacíase de todo punto imposible un desarrollo ulterior. Destruída sangrientamente aquella tendencia que quería deducir las consecuencias de las conquistas realizadas en la esfera de las ideas religiosas; detenida la religión en un punto intraspasable, y fijada para el porvenir una norma inmutable por encima de la cual no podía nadie pasar, el triunfo de la ortodoxia significaba el estancamiento de la vida espiritual. Cierto que en los tiempos más inmediatos se encuentran entre los hombres que habían presenciado las luchas religiosas, como por ejemplo en la tumba de Haremhebi, algunos hermosos y sentidos himnos en los cuales, aunque partiendo del punto de vista

(1) Bouriant: *Recueil de Travaux*, tomo VI, pág. 41.

(2) Manethon parece comenzar la décimanovena dinastía con Seti I, pero su lista de reyes, por lo menos tal como aparece en los extractos, está tan desfigurada y confusa, que nada positivo puede sacarse de ella.

(3) Los desórdenes religiosos no debieron de durar más de treinta años. No sabemos cuánto tiempo reinó Haremhebi, pero es difícil que su reinado durara más de diez años.

ortodoxo, se ensalza al dios del sol y su magnificencia (4); pero muy luego se opera en la religión un movimiento constante de retroceso, y si bien exteriormente se presenta cada vez con mayor magnificencia y ejerce plena soberanía sobre todas las conciencias y lo que es más, sobre todos los resortes del país, en su interior va consumiéndose lentamente. Las formas y fórmulas, de espantosa monotonía, son cada vez más largas, pesadas y absurdas, pero el espíritu está muerto para no volver a resucitar. En vano se buscará en todo el arsenal de la literatura religiosa que desde la décimanovena dinastía hasta los tiempos del imperio romano ha llegado hasta nosotros, una sola idea nueva ni siquiera un ropaje nuevo de que revestir una idea antigua.

Esto hace que con el sistema formulista llegue a su completo desarrollo la magia, así la reconocida por la religión y por ella ejercida, que asegura la defensa contra los malos espíritus y quiere crear una vida feliz, como la que es castigada con duras penas corporales y aun con la muerte. Esta última especie de magia, que es por lo mismo la que con más celo se cultiva secretamente, es también la que procura utilizar los hechizos para causar daños y para conseguir por medios ilegítimos poder y riquezas. Esta tendencia, como sabemos, arranca de las mismas raíces de la religión egipcia, está con ella íntimamente enlazada y ha ido, desde entonces, en constante aumento, y destruido ya lo que podía servirle de contrapeso, puede avasallarlo todo sin obstáculo alguno. Desde la décimanovena dinastía encontramos a cada paso la hechicería y las fórmulas mágicas que envenenan toda vida espiritual: las obras de medicina de aquella época, por ejemplo, se encuentran plagadas de ellas y están, en este concepto, muy por debajo de otras obras cándidas é inofensivas de tiempos anteriores, que si bien contienen alguna que otra superstición no subordinan el tratamiento científico a fórmulas curativas inventadas por la demencia (5). Hasta nosotros han llegado innumerables papiros mágicos para defenderse ó para sacar partido de las fantasmas y monstruos, de los cocodrilos y serpientes y para tener apoyo en la tierra y en las aguas. Desde los tiempos de la décimanovena dinastía hasta el triunfo del cristianismo, y aun después, ningún ramo de la literatura egipcia ha florecido tanto como éste, cuyo principal objeto es buscar el nombre misterioso del oculto dios primitivo con el cual puede dominarse a todos los dioses y espectros. A fines de la dinastía décimanovena, descubrióse que la forma más eficaz de este nombre era la que resultaba de la combinación de letras sin ningún sentido (6). En los libros de hechizos, en los textos de los muertos y en las obras científicas se ha hecho desde entonces extraordinario uso de este descubrimiento, subsistiendo el procedimiento hasta muy entrada la época cristiana. Para ofrecer solo un ejemplo, diremos que el libro de hechizos después falsamente atribuido al sabio Amenhotep comienza con estas palabras: «¡Oh Schauagatanagata, hijo de Arukata, Kauaruschagata! ¡Oh toro varón, Horo que tiendes la mano! ¡Protégeme contra todas las cosas malas y malignas!»

Además cultivábase con gran energía la ciencia de los pre-

(4) Véase más arriba. Una manifestación hecha por el «padre divino de Amon» Nofhotep con ocasión de recibir el «oro» de manos de Haremhebi, es una prueba de la manera que se tenía de armonizar estas ideas con la ortodoxia. Ensalza, en efecto, a su dios — si no entiendo mal el párrafo — como rey de los dioses que conoce al que le conoce, recompensa al que le sirve y robustece al que le sigue. El es Ra y sus cuerpos los soles (*aten*); él es en eternidad. (Dumichen: *Inscripciones históricas*, tomo II, 40 e.)

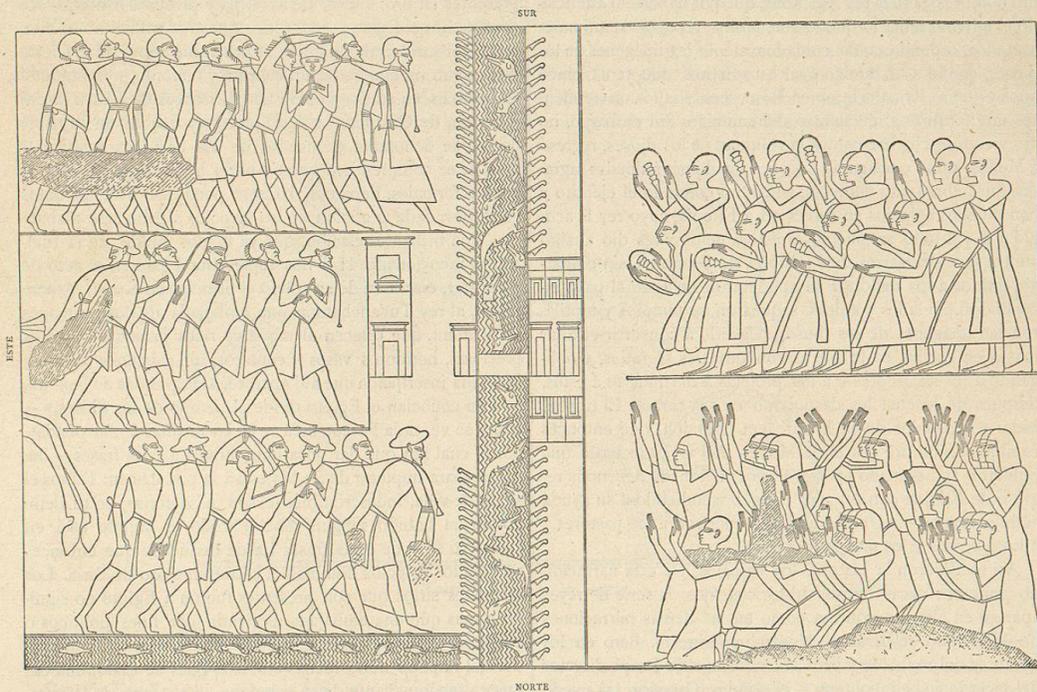
(5) Por ejemplo en el papiro médico de Londres: *Revista de la Sociedad orientalista alemana*, XXXI, 451.

(6) ¿Ha influido en esto el frecuente contacto con los idiomas de Asia y de África?

sagios. «Los egipcios descubrieron a qué dios pertenecía cada mes y cada día y cuál sería el destino de cada uno según el día en que naciese, cómo moriría y qué clase de hombre sería» (1). Poseemos también un papiro del tiempo de Rameses II que dice minuciosamente de cada día, partiendo de la base de los acontecimientos mitológicos que en él se han realizado, si será fasto ó nefasto, lo que durante él debe hacerse ó dejar de hacerse, si hay que salir ó quedarse en casa, etc. La conducta y los pensamientos de los egipcios hallanse cada

día más sujetos a un molde; el egipcio va perdiendo cada vez más la aptitud para ser y crear algo por sí mismo.

Una relación de Manethon que ha llegado hasta nosotros nos explica la idea que la posteridad se formó de la gran revolución que la apostasía de Chuenaten produjo. Aquel sacerdote egipcio ha tomado su relación, según él mismo dice en los extractos de Josefo, no de noticias escritas, sino de la tradición popular y aun desfigurándola por haber creído (2) encontrar en ella una relación egipcia del éxodo de los judíos



Defensa fronteriza de Egipto (Lepsius: *Monumentos*, tomo III, 128 b).

A la izquierda: El rey Seti I regresa a Egipto procedente de una campaña emprendida en la península del Sinaí. Los beduinos schasus prisioneros, algunos de los cuales llevan sombreros especiales, preceden a su carro de guerra, del cual solo aparecen en el dibujo las patas de un caballo. — A la derecha: Los altos funcionarios y sumos sacerdotes saludan al rey en la frontera del país. La línea fronteriza que consiste en un largo canal defendido por una empalizada y en comunicación por el Norte con otras aguas, probablemente el lago Menzalé, ocupa el centro del dibujo. El puente echado sobre el canal está a ambos lados cubierto por fuertes: el fuerte de la izquierda (al Este) lleva el nombre de Zaru.

Esto se debe a que la cuestión relativa al origen y a la historia primitiva de los hebreos era ya entonces objeto de animada discusión en el Bajo Egipto y en Alejandría, donde residían muchos judíos, y los egipcios no podían en manera alguna comprometer la fama de su tradición histórica, que abrazaba muchos millares de años, confesando no saber nada de un suceso como el éxodo de los israelitas.

«El rey Amenofis (Amenhotep), — dice Manethon, — tuvo el deseo de contemplar a los dioses como lo había hecho antes el rey Horo, para lo cual pidió consejo al sabio Amenofis, hijo de Paapi, quien le declaró que podría conseguir su objeto si purificaba todo el país de los leprosos y de todos los demás hombres sobre quienes pesaba una maldición. El rey se alegró mucho y reuniendo a todos los que tenían defectos corporales, que serían como unos 80,000 hombres, los envió a las canteras del Este del Nilo para que trabajaran en ellas: entre ellos había también algunos sacerdotes leprosos. El sa-

bio y profeta Amenofis temió, sin embargo, por sí y por el rey la cólera de los dioses cuando se viesen obligados a dejarse ver, y comprendió que los leprosos podrían recibir auxilio y que durante trece años reinarian en Egipto; pero no atreviéndose a decirse de palabra al rey, se lo escribió y luego se dió la muerte. El rey se encontró entonces desalentado. Cuando hubo transcurrido mucho tiempo (3), los que habían sido enviados a las canteras pidieron al rey que les cediese la

(2) Él ó probablemente ya uno de sus antecesores. Manethon dice aquí que el rey Amenofis (= Amenhotep) fué sucesor de Rameses II, al paso que éste es por él mismo en otros parajes llamado por su verdadero nombre Ammenephtes (= Merneptah). Añade Josefo que Manethon no señala a Amenofis número alguno de años de reinado. Es indudable que Manethon hizo una gran confusión con estas tradiciones. Con la tradición que nos ofrece Manethon van enlazadas las narraciones que circulaban entre griegos y romanos acerca del origen del pueblo judío, pero ni directa ni indirectamente han sido tomadas de ella.

(3) Esta manera de narrar sin conexión y deficiente es genuinamente egipcia. La historia fué probablemente traducida de un papiro hierático del Nuevo imperio.

(1) Herodoto, II, 82.